

OBSTÁCULOS

A veces la realidad supera a la ficción, y sin duda, esta es una de las ocasiones en las que pasa esto.

Si este verano pasado nos hubieran dicho que iba a estar prohibido pasear por la calle, que ni siquiera podríamos andar por las montañas, que nuestras playas iban a estar cerradas... Si este verano, -si hace tan solo unos meses- nos hubieran dicho que, aunque tuviésemos a nuestros hermanos, hermanas, padres, hijos...viviendo a tan solo cinco minutos de nuestras casas, pero que no pudiéramos ir a abrazarlos, o que simplemente no pudiéramos ir un domingo cualquiera a comer con ellos, nos hubiéramos reído de tal afirmación. Nuestra mente se hubiera colapsado completamente si nos hubieran dicho que nuestros besos y nuestros abrazos podrían matar. Si nos hubieran dicho que si realmente queremos a los nuestros, tendríamos que guardar dos metros de distancia para mantenerlos a salvo. Entrar o salir cuando quisiéramos de nuestra casa, tomarnos una cerveza con los amigos, ir al cine, a cenar, al gimnasio.... todas esas acciones, si nos hubieran dicho que íbamos a soñar durante semanas, o incluso meses con volverlas a hacer, cabizbajos mientras caminábamos por las cuatro paredes de nuestra casa; no nos lo hubiéramos podido creer. Todas esas pequeñas cosas que formaban parte de nuestra vida, que nos pertenecían, ¿verdad? ¿Cómo no iban a poder los niños ir al parque a jugar con otros niños? ¿Cómo no iban a poder los estudiantes acudir a sus escuelas o universidades? ¿Cómo iba a pararse el mundo como si se tratara de un capítulo de una serie de ficción? Algo impensable, imposible, inadmisible, increíble.... Pero sí, señores, todo esto ha pasado. Todo esto está pasando, y no es en China, a miles de kilómetros de nuestros hogares, no en España o en Italia, si no que el mundo entero ha puesto un *stop*. Y el mundo no ha hecho distancias entre pobres o ricos; entre países desarrollados o subdesarrollados; no ha preguntado a qué religión pertenecíamos; no ha tenido en cuenta el salario de cada ciudadano...¿Qué queréis que os diga? Ese corte limpio y puro, me parece bien, todos hemos sido cortados por el mismo patrón. Aquí nadie se ha salvado de sentir miedo, de sentirse vulnerable, de sentirse frágil....

La vida muchas veces nos pone en frente circunstancias con las que tenemos que enfrentarnos y con las que no contábamos, con las que no habíamos contado en nuestros planes. Esta sin duda es una de las grandes, una circunstancia a resolver en la que no puede remar cada uno por su cuenta, una circunstancia en la que ni una sola persona del mundo está ausente de responsabilidad. Esta carrera acaba de empezar, y aún queda un largo camino por recorrer; pero no miremos esa línea de meta donde tenemos que llegar, mejor vayamos poco a poco, pasito a pasito, día a día. Durante este proceso todos pasamos por varias etapas, por diferentes estados emocionales: negación, nerviosismo, ansiedad, incertidumbre, miedo, rabia, tristeza...Pero hay una, a la que todos antes o después tenemos que llegar, la aceptación. La aceptación significa reconciliarse con la realidad, aunque no nos guste. Asumir esa nueva realidad y aceptar que tienes que pasar por ahí, que no está en tu mano cambiarla pero cuando llega esa aceptación, dejas de malgastar energía en algo que no puedes cambiar, dejas de malgastar energía en la queja, en el continuo sufrimiento.. y te permites desde esa nueva realidad ver qué nuevos cambios puedes adoptar, qué nuevas decisiones, qué nuevas acciones puedes emprender con esa nueva realidad. Y, por supuesto, qué podemos aprender cada uno de nosotros, qué

podemos aportar y ver qué parte de nosotros va a salir fortalecida cuando todo esto acabe.

Cuántas veces hemos leído y escuchado que hay que valorar las pequeñas cosas de la vida, que lo importante debería ser lo realmente importante, que las cosas ordinarias eran las verdaderamente extraordinarias. Pues esa lección no me cabe duda de que la inmensa mayoría de nosotros, la vamos a aprender, y además, creo que perdurará bastante tiempo en nosotros, ojalá fuera para siempre. Esta hostia de realidad está siendo tan grande, tan dura, que lo inteligente sería que la lección quedara grabada en nuestro ADN para siempre, que no se nos olvidara nunca. Vamos a soñar despiertos ahora que nos sobra tiempo. Dicen que solo el 3% de la población da gracias cada mañana antes de levantarse; quizá a partir de ahora, y solo quizá, seamos muchos más los que aumentemos ese porcentaje y valoremos cada día y demos gracias antes de poner un pie en el suelo y levantarnos, antes de afrontar un nuevo día. Ojalá muchos de los que vivían en el desánimo, en la desmotivación, en la queja continua, aprendan a provocarse picos de felicidad con cosas que están al alcance de cualquiera porque hay una cosa que esta pandemia no nos ha podido quitar aún, y es la actitud con la que nos vamos a levantar y vamos a empezar de nuevo. Seguramente muchos de nosotros cambiaremos nuestra escala de valores, pues cuando todo esto acabe, los privilegiados que hagan recuento y no hayan perdido a ningún familiar, serán los más ricos del planeta.

Vivimos en un mundo donde todos vamos corriendo por la vida, muchas veces sin saber muy bien ni siquiera qué es lo que queremos alcanzar, pero aún así vamos corriendo, que es el ritmo que nos imprime la sociedad, una larga carrera de velocidad... Vivimos en un mundo donde prima el individualismo y el egoísmo por la satisfacción personal... Vivimos en un mundo donde leer un cuento a nuestros hijos por las noches, sin prisa, se convierte en un ejercicio de auto-control... Vivimos en un mundo donde comer o cenar con nuestras familias mirándonos a los ojos en vez de a las pantallas de nuestros móviles y escuchándonos de verdad, se convierte en una utopía....pero la pausa se ha impuesto, la vida nos ha regalado, envuelto en papel de tragedia, uno de los bienes más preciados, uno que además nos se puede comprar, TIEMPO.

Hace muy pocos meses le decía a un amigo mío que si pudiese compraría tiempo, que además estaría dispuesta a pagar por ello.... Ese tiempo de regalo viene con una vacuna directa para nuestros egos, la solidaridad, la responsabilidad y el altruismo social. Hoy nos toca a cada uno de nosotros hacer renuncias por el bien común, pensar en los demás incluso antes que en nosotros mismos. Dicen que mal de muchos consuelo de tontos, este es un mal de muchos, este es mal de todos. Pero hoy también, los que no estamos sufriendo la pérdida de un ser cercano, hoy, los que tengamos la suerte después de hacer la ronda de llamadas de comprobar que todos los de nuestra familia siguen con salud, los que no tengamos a ningún familiar ingresado en la UCI, no hemos tenido derecho a quejarnos por haber estado encerrados entre cuatro paredes. Dejemos el derecho a esa queja, a ese dolor desgarrador, solo a aquellas personas que de verdad se están enfrentando a un drama, a los que no han podido despedirse y enterrar a sus familiares, ni siquiera abrazarse con sus seres queridos para consolarse, a los equipos médicos que en un momento de saturación, de colapso y de falta de material, tuvieron que decidir quién vive y quién no como si se tratase de una pesadilla, a esos trabajadores de la sanidad que vuelven cabizbajos a su casa con ese peso sobre sus hombros, a los que estaban ingresados y no han podido coger la mano de sus familiares y recibir su cariño, a los que

han luchado y luchan constantemente contra este demonio desde la más absoluta de las soledades, a todas las personas que se la juegan cada día poniendo en riesgo su salud y la de los suyos para que tengamos los servicios mínimos necesarios. El resto, creo sinceramente, que no tenemos derecho a quejarnos ni lamentarnos, creo que la nuestra es otra función, es animar a los que están en nuestra casa, ponérselo fácil. Es llamar a los que están viviendo esto aislados y solos, y escucharlos pero de verdad, hacerles compañía que lo necesitan. Es pensar, reflexionar, aprender y sacar sobresaliente de esta lección que tenemos que aprender. No cabe duda que cuando esto lo superemos y nuestra salud ya no esté en riesgo, nos tendremos que enfrentar a una crisis económica muy dura, pero tampoco me cabe ninguna duda de que como sociedad seremos mucho mejores, como personas habremos crecido, y quiero pensar que a muchos de nosotros por fin, se nos habrá caído una venda de los ojos, y por fin veremos, disfrutaremos y valoraremos las cosas tan bonitas que tiene la vida.

Ojalá cuando salgamos a la calle, andemos más despacio y miremos a los ojos a nuestros vecinos en el ascensor y les sonriamos. Ojalá bajemos el ritmo de nuestras carreras y empecemos a pasear por la vida, ojalá nos demos cuenta de que aquello por lo que tanto corríamos y perseguíamos sin aliento, estaba mucho más cerca de lo que nos pensábamos, quizás encerrado entre cuatro paredes, quizás dentro de nosotros mismos: nuestra felicidad...

Natalia Puertas Sabater
2n Batxillerat A.